



VENTAJAS DE UNA TERCERA GUERRA MUNDIAL

No me lo negarán ustedes, la cosa política internacional está aburridísima. Apenas uno que otro golpe de estado nos alegra algún día el desayuno, pero maravillosas tragedias, lo que se dice absolutas hecatombes humanas, de esas, por desgracia, ya no quedan. Todo son refriegas y hostilidades carentes de imaginación. Que si árabes y judíos, que si imperialistas y revisionistas, que si negros y más negros. Vamos, juego de niños. Lo que no vendría nada mal, para animar nuestras vidas, es una tercera guerra mundial. La televisión, la prensa, los rogatorios, la caridad, todo se animaría. Eso, cobraría alma. La gente tendría por qué rezar, por quién pedir, por quién apostar. El mundo de la neutralidad (porque nosotros no entraríamos, claro) sería fascinante. Cre-

cería la invasión turística, saldrían al mercado diez o doce marcas distintas de material bélico, los niños pegarían cromos con los héroes extranjeros fallecidos, los ancianos podrían decir «anda, calla, que ya ves cómo está el mundo», los aventureros y amantes de la sangre se enrolarían como mercenarios en uno y otro bando, venderíamos más naranjas pues tienen muchas vitaminas y lo agradece mucho el cuerpo de un combatiente. En fin, el delirio. Y ahí no para la cosa. Se imaginan ustedes lo feliz que seríamos todos los neutrales. Porque no hay nada para alcanzar la plena felicidad como comparar la tranquilidad propia con la miseria ajena. Sí, esto es un consejo de uno que no ahorra en las cajas.

EL TAMPAS

